

RELATOS DE HORROR LATINOAMERICANOS

Ilustraciones de
ISIDRO R. ESQUIVEL

hachette

Índice

INTRODUCCIÓN.....	6
LANCHITAS.....	14
THANATOPÍA.....	26
VERÓNICA	36
LOS OJOS DE LINA	44
LA GRANJA BLANCA	54
LOS CASTILLOS DE ABDERA	70
EL ALMOHADÓN DE PLUMAS.....	80
LA GALLINA DEGOLLADA.....	88
¿QUIÉN ERES?	100
MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE	110

Introducción

El miedo es una de las emociones más antiguas que conocemos. Nos mantiene alerta, nos acelera el corazón y nos recuerda que estamos vivos. Sin embargo, hay una gran diferencia entre el miedo real, que nos hace huir del peligro, y el placer de leer una historia de horror. Estos cuentos han sido recopilados precisamente para ofrecer ese escalofrío adictivo y fascinante a través de diez relatos de la literatura de horror latinoamericana.

El cuento, en tanto género narrativo, es un artefacto de precisión. Debido a su brevedad, no puede permitirse rodeos ni distracciones: tiene que atraparte desde la primera línea y no soltarte hasta la última. Pero el verdadero secreto de un buen cuento de horror no está en lo que muestra a simple vista, sino en lo que esconde. Imagínalo como un río: en la superficie ves el agua correr de forma aparentemente tranquila, pero en el fondo, en una corriente subterránea y oscura, se está gestando la verdadera sorpresa. Mientras tú avanzas leyendo una acción cotidiana, el autor va sembrando pistas invisibles en tu cabeza. Cuando llegas al final, esa historia secreta emerge de golpe, chocando con la superficie y provocando ese cortocircuito mental que

llamamos “giro de tuerca”. Por eso el relato es el arma perfecta para el misterio, funciona como una trampa que se cierra sobre el lector justo cuando éste cree tener el control.

Las historias que vas a encontrar en estas páginas fueron escritas aquí, en América Latina, entre finales del siglo XIX y principios del XX. Este dato histórico es clave para entender por qué estos relatos son tan especiales. Durante esa época, nuestras ciudades experimentaron múltiples transformaciones. Llegaron la luz eléctrica, los automóviles, las teorías de la evolución y los primeros aparatos médicos modernos. El mundo parecía volverse completamente racional y científico. Sin embargo, los escritores de la región se dieron cuenta de que el progreso no eliminaba los fantasmas, sólo los cambia de lugar.

En vez de repetir las viejas leyendas folclóricas de aparecidos y de lloronas, los autores de esta antología decidieron apropiarse de las corrientes literarias globales de su tiempo, como el modernismo y el decadentismo. Tomaron la exploración psicológica de Edgar Allan Poe, por ejemplo, y la mezclaron con nuestras propias obsesiones geográficas y culturales. El resultado fue un horror único, el cual convive con la ciencia que se esconde en los laboratorios, en las casonas apartadas, en las tensiones familiares y en los rincones de calles reales por las que hoy mismo podríamos caminar.

Para cruzar este territorio oscuro, es buena idea llevar una linterna que nos ayude a entender el contexto en el que cada autor escribió su pesadilla. Aquí tienes una breve introducción para que te acerques a estos relatos con algo de contexto:

1. LANCHITAS (JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENAS, 1877)

Esta pieza nos conecta directamente con las raíces de la geografía urbana y el pasado colonial de nuestra región. Roa Bárcenas, con una pluma elegante y costumbrista, rescata la confesión de un muerto, una de las leyendas más tétricas del imaginario católico del siglo XIX. Sin embargo, el autor hace algo brillante que cambia las reglas del juego: introduce el pañuelo como evidencia física. Al dejar un objeto del mundo de los vivos en un espacio sellado por el tiempo, el relato rompe la lógica racional del protagonista y del lector, demostrando que el plano fantasmal tiene el poder de invadir y de trastocar nuestra realidad.

2. THANATOPÍA (RUBÉN DARÍO, 1893)

Rubén Darío es famoso en todo el mundo por sus poemas llenos de simbolismos, pero aquí demuestra su fascinación por lo oculto, así como su verdadero pánico a la muerte. Escrito a finales del siglo XIX, el cuento refleja el interés de la época por las sociedades de investigación psíquica y el hipnotismo, que entonces se veían como la frontera entre la ciencia y la magia. Darío construye un horror familiar donde el verdadero monstruo puede ser la obsesión de un padre por la ciencia y el amor.

3. VERÓNICA (RUBÉN DARÍO, 1896)

Este cuento es un ejemplo perfecto de cómo un avance tecnológico puede desatar el miedo y echar a volar la imaginación. En 1895, el físico alemán

Wilhelm Röntgen descubrió los rayos X. La idea de una luz invisible capaz de atravesar la carne para fotografiar los huesos humanos conmocionó a la sociedad. Darío reaccionó casi de inmediato escribiendo este relato. Su virtud es cruzar esa novedad científica con el misticismo religioso, planteando una pregunta aterradora: ¿qué pasaría si usáramos la tecnología humana para intentar filmar o retratar los secretos de Dios?

4. LOS OJOS DE LINA (CLEMENTE PALMA, 1904)

Clemente Palma adoraba escandalizar a la sociedad de su tiempo con temas incómodos. En este relato explora el horror corporal. Lo fascinante aquí es el uso del ajenjo, una bebida alcohólica sumamente popular entre los artistas bohemios de la época a la que se le atribuían propiedades alucinógenas. Palma juega con nosotros, nos sumerge en un drama sangriento para luego recordarnos que, en el horror, el peor enemigo suele ser nuestra propia percepción distorsionada.

5. LA GRANJA BLANCA (CLEMENTE PALMA, 1904)

Este relato es un laberinto psicológico y filosófico que explora el solipsismo: la idea de que la realidad material no existe y que todo es un sueño. Palma toma influencias directas de los relatos de mujeres muertas que regresan de la tumba de Edgar Allan Poe (*“Morella”* y *“Ligeia”*), pero les da un tratamiento aristocrático perturbador. El verdadero horror en este texto está en la pérdida de la cordura del narrador y su fría indiferencia ante los tabúes morales más sagrados.

6. LOS CABALLOS DE ABDERA (LEOPOLDO LUGONES, 1906)

Lugones fue un apasionado de la ciencia y la evolución. En este relato, decide transformar un mito griego clásico. El cuento dialoga directamente con las teorías evolutivas de Charles Darwin. ¿Qué pasa si alteramos el orden natural y educamos a los animales hasta darles una conciencia humana? La respuesta de Lugones es tétrica: las bestias inteligentes no aprenden nuestras virtudes, sino nuestros peores vicios y crueldades, desatando una distopía apocalíptica memorable.

7. EL ALMOHADÓN DE PLUMAS (HORACIO QUIROGA, 1907)

En este clásico indiscutible, Quiroga crea un horror doméstico que funciona en dos niveles. Por un lado, nos muestra el desgaste de una joven atrapada en un matrimonio frío y una casa hostil; por el otro, nos arroja un monstruo real. Quiroga juega con el dato científico de que los parásitos de las aves existen, pero lo lleva al extremo para que nunca volvamos a mirar la almohada de la misma manera.

8. LA GALLINA DEGOLLADA (HORACIO QUIROGA, 1909)

A principios del siglo XX, la medicina estaba obsesionada con las teorías de la degeneración hereditaria, la idea de que los vicios o las enfermedades de los antepasados arruinaban la sangre de los descendientes. Quiroga toma ese miedo científico de la época y lo transforma en una tragedia familiar. El horror de este cuento proviene de la imitación ciega, la falta de empatía y

las consecuencias terribles del abandono dentro de un hogar aparentemente normal.

9. ¿QUIÉN ERES? (TERESA WILMS MONTT, 1919)

Aquí nos encontramos con una voz de una potencia y singularidad arrolladoras. Teresa Wilms Montt tuvo una vida marcada por la rebeldía, el exilio y la melancolía. En este texto, que se desmarca del horror físico para adentrarse en el horror cósmico y simbólico, la autora construye un viaje astral y lúgubre. A través de un lenguaje magnético, transforma el desencanto de su propia vida en una alegoría desoladora sobre el abandono del mundo. Su gran virtud es demostrar que la ausencia de bondad sobre la Tierra puede ser mucho más aterradora que cualquier criatura con garras.

10. MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE (CÉSAR VALLEJO, 1923)

Vallejo, uno de los poetas más importantes de la vanguardia hispanoamericana, experimenta aquí con una prosa fragmentada y alucinatoria. Este relato es magnífico, porque se anticipa varias décadas al realismo mágico. El horror aquí es una paradoja nacida del trauma del luto real del autor por su madre, un encuentro imposible donde el tiempo se dobla y las leyes de la lógica estallan en una carcajada de locura.

Los diez relatos que tienes ante ti son mucho más que simples historias para pasar el rato: son ventanas a las obsesiones, los miedos y la genialidad de una

región que aprendió a escribir el horror con elegancia y estilo. Al leerlos, no sólo estás aceptando el desafío de enfrentar portones que crujen, parásitos silenciosos o miradas perturbadoras, también estás reclamando una herencia literaria que nos pertenece.

LEONARDO GONZÁLEZ ROMERO



Lanchitas

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENAS

Quizá, a primera vista, el nombre de Lanchitas te suene al diminutivo de lanchas, pero en realidad se trataba del apodo de un sacerdote muy famoso en la Ciudad de México a principios del siglo XIX. Su verdadero apellido era Lanzas. Pero la gente tenía esa costumbre de ponerle apodos a quien le caía bien y comenzaron a llamarlo así, en parte porque era un hombre chaparrito y muy noble, casi como un niño, y en parte porque tenía un pequeño defecto al hablar, debido al cual a veces pronunciaba la *t* y la *c* como *cb*. Él lo aceptaba con una sonrisa y, con el tiempo, nadie lo llamaba de otra manera.

Cualquiera que haya escuchado las leyendas de nuestra ciudad conoce alguna historia sobre Lanchitas. Quienes lo conocieron lo describían siempre caminando con la cabeza descubierta, sin importar el clima, y la mirada clavada en el suelo, como si estuviera contando los adoquines. Nunca alardeaba de sus conocimientos ni intentaba impresionar a nadie. Era el hombre más humilde del mundo, siempre dispuesto a ayudar a los enfermos, a los huérfanos y a cualquiera que lo necesitara, sin importar la hora.

Sin embargo, los más viejos cuentan que no siempre fue así. En su juventud, el padre Lanzas era considerado uno de los clérigos más preparados de su tiempo. Tenía una mente brillante y curiosa; no se conformaba con lo básico, sino que devoraba libros de ciencias naturales, idiomas y filosofía de autores europeos que otros sacerdotes ni siquiera entendían. Era tal su nivel que hasta los obispos y jueces le pedían consejos, viéndolo como una verdadera enciclopedia viviente. Era un intelectual muy respetado. Pero un día, de la nada, cerró y quemó sus libros. Dejó de dar lecciones sabias y, cuando alguien le hacía una pregunta compleja, respondía con una sonrisa que más bien parecía la de un niño pequeño que no entiende de qué le hablan. Empezó a caminar siempre con la cabeza descubierta y la mirada agachada, transformándose definitivamente en el “Lanchitas” que todos conocían.

Hace apenas unos meses, le pregunté sobre él a una persona muy culta y seria que lo conoció de cerca. Como en ese momento estábamos hablando de temas paranormales, mi amigo me tomó del brazo y me sacó del grupo con el que estábamos. Me dijo que conocía una anécdota todavía más extraña que la transformación de Lanchitas, una que quizá explicaba por qué se volvió así. Escribo esto sólo para que no se olvide; no pretendo convencer a nadie de que es verdad.

No recuerdo la fecha exacta, ni siquiera sé si quien me relató la historia me lo dijo, pero sé que todo ocurrió entre 1820 y 1830. Era el comienzo de una noche oscura, fría y lluviosa de invierno. El padre Lanzas ya había terminado sus pendientes y se dirigía a una reunión en el barrio de Santa Catalina

Mártir para reunirse con unos amigos con quienes había acordado jugar a las cartas. Iba caminando desde el centro, apurado por llegar a la casa cuando, de pronto, una mujer mayor, vestida con ropa muy vieja y desgastada, lo alcanzó. Con mucha urgencia, le besó la mano y le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios, venga conmigo, es un caso de vida o muerte y no puede esperar.

El padre intentó preguntar si ya habían ido a la parroquia local, pero la mujer, con una voz cortante y decidida, le dijo que el enfermo quería hablar específicamente con él. Le advirtió que, si perdían tiempo y el hombre



moría, la culpa pesaría sobre su conciencia para siempre. Sin decir una palabra más, el sacerdote simplemente comenzó a seguirla.

Caminaron por una calle larga y llena de lodo muy mal iluminada, hasta llegar al lúgubre callejón del Padre Lecuona. Se detuvieron frente a un cuarto miserable con la puerta apenas abierta. La mujer entró en la oscuridad, jalando a Lanzas por la capa. Adentro, sobre un tapete viejo y sucio, estaba el paciente totalmente cubierto con una cobija. Una sola vela, puesta sobre un jarro al revés, alumbraba aquel lugar vacío y lleno de telarañas. Era el escenario más triste imaginable: las paredes parecían tragarse el sonido y el piso de tierra soltaba un olor rancio, ese hedor típico de los lugares que llevan años sin recibir un poco de aire fresco.

Lanzas tomó la vela, se acercó al enfermo y levantó un poco la cobija. A la vista quedó la cabeza huesuda de un hombre, amarrada con un pañuelo amarillento y roto. Tenía los ojos cerrados y notablemente hundidos, la piel del rostro y de las manos estaba seca y rígida, igual a la de una momia.

—¡Pero si este hombre está muerto! —exclamó el padre, volteando a ver a la anciana.

—Se va a confesar, padrecito —respondió la mujer.

Ella le quitó la vela y la puso en el rincón más alejado, dejando al padre casi a oscuras. En ese instante, como para probar que la vieja decía la verdad, el hombre esquelético se sentó en el petate y empezó a rezar con una voz hueca, como salida de una caverna.



El padre nunca reveló a nadie los detalles de esa confesión, que debió ser aterradora. De algunos comentarios y alusiones que hizo con el tiempo, se sabe que el hombre mencionaba fechas tan antiguas que Lanzas pensó que estaba delirando. El tipo aseguraba que había muerto hacía muchísimos años en un acto violento, y que Dios le permitía volver del más allá sólo para liberar su conciencia. Lanzas, acostumbrado a los delirios de

gente con mucha fiebre, no le dio importancia a lo sobrenatural y, creyendo que al hombre le quedaba poco tiempo de vida, simplemente le dio la absolución.

Al terminar el rezo, la vela se extinguió, el hombre volvió a recostarse y la mujer ya no se hallaba en el cuarto. Cuando el padre salió, la puerta se cerró con fuerza detrás de él, como si alguien la hubiera empujado desde adentro. Miró a todos lados, creyendo que encontraría a la mujer afuera, mas no vio a nadie. Intentó abrir la puerta de nuevo para ver cómo seguía el enfermo, pero estaba completamente trabada. Confundido por no encontrar a la vieja afuera y bajo una lluvia que no paraba, decidió retirarse con la idea de volver a primera hora del día siguiente.

Empapado y sudando frío, Lanzas llegó por fin a la casa de sus amigos, donde lo esperaban para jugar a las cartas. Se sentó en un sillón, buscando en su bolsillo el pañuelo para secarse la frente. No era un pañuelo cualquiera, era de una tela finísima con sus iniciales bordadas a mano, un regalo muy especial de las mujeres de su congregación.

Aprovechando la confianza en la casa, le pidió al criado que fuera a buscarlo a aquel cuarto miserable; así, además de recuperar su prenda, tendría noticias del enfermo que tanto lo inquietaba. Ya más tranquilo, disfrutando del calor de la sala frente al frío de la calle, Lanzas se hundió en un cómodo sillón de cuero. Mientras encendía un cigarro y acomodaba sus cartas para empezar la partida, no pudo evitar compartir con sus amigos el extraño suceso que acababa de vivir.

—¿Alguna vez han leído esa obra de Calderón de la Barca que se llama *La devoción de la cruz*? —preguntó Lanzas.

Uno de sus amigos la recordó de inmediato: era esa famosa historia sobre un hombre bastante turbio que, tras morir en una pelea, recibe un milagro increíble y logra regresar a la vida sólo el tiempo suficiente para confesarse.

Lanzas continuó, entre serio y bromeando:

—Es una historia muy intensa, aunque hoy en día algunas escenas sonarían exageradas. Pero para que vean cómo la ficción puede confundir a la gente, les cuento: acabo de confesar a un pobre hombre que apenas sabía leer, pero que seguramente escuchó esa historia y se la tomó literal. El tipo estaba convencido de que él mismo vivía aquella famosa obra.

—¿En serio? —preguntaron sus amigos, dejando las cartas por un momento.

—Así como lo oyen. A veces la gente se mete tanto en los libros que termina perdiendo el piso. He confesado a personas que actúan como si vivieran en una novela romántica o en un drama de aventuras, pero este hombre estaba totalmente loco. Se aferraba a la idea de que murió hace muchísimos años y que Dios le dio permiso de volver del más allá sólo para hablar conmigo. ¡Igual que en la obra de teatro! En fin, una locura total... Me toca jugar.

A la media hora, el sirviente regresó con las manos vacías y una cara de confusión.

—Padre, toqué la puerta por media hora y nadie abrió. El velador de la calle me vio y me dijo que no perdiera mi tiempo... que ese cuarto y toda la casa llevan años abandonados.

Los amigos en la mesa se quedaron mudos y se miraron entre sí. Dio la casualidad de que el dueño de esa misma vecindad estaba ahí, jugando cartas con ellos.

—El velador tiene razón, Lanzas —dijo el dueño, muy serio—. Esa casa está metida en un pleito legal. Lleva cuatro años cerrada con candado. Nadie vive ahí.

Lanzas palideció. Juraba que acababa de estar ahí, que había hablado con una anciana y confesado a un hombre. Intrigados y asustados, el dueño y el padre acordaron ir juntos a primera hora del día siguiente para salir de dudas.

No eran ni las ocho de la mañana cuando llegaron al lugar. La puerta no sólo estaba cerrada, sino que el marco y la cerradura estaban cubiertos de polvo y telarañas tan viejas que era evidente que nadie había entrado ahí en años. El dueño le señaló este detalle al padre Lanzas, quien, totalmente angustiado, caminó de regreso hasta la esquina para rehacer el camino paso a paso.

Estaba completamente seguro de que era la misma puerta, a menos que él también hubiera perdido la razón. Al ver su desesperación y la forma en que examinaba la fachada, el dueño empezó a creer que el sacerdote estaba delirando. Sin embargo, Lanzas, al borde del colapso, le suplicó que abrieran el cuarto para registrarlo por dentro y terminar con esa pesadilla.

Trajeron un montón de llaves oxidadas y, tras limpiar la cerradura con un clavo porque estaba atascada de tierra y telarañas, la puerta por fin cedió. En cuanto se abrió, salió ese mismo olor rancio y húmedo que Lanzas había sentido la noche anterior. Entraron al cuarto, pero estaba totalmente desierto: no había muebles ni rastro de que alguien hubiera estado ahí en años.

El dueño ya se disponía a irse, convencido de que todo era un error, pero Lanzas se negaba a aceptar que aquello había sido un sueño. Caminó hacia el rincón exacto donde recordaba al paciente y, entre las sombras del suelo, encontró su pañuelo. Lo recogió sintiéndose terriblemente ansioso



y corrió hacia la luz de la calle para verlo mejor. Eran sus iniciales bordadas. No había duda alguna.

Pálido y sudando frío, miró al dueño con los ojos desencajados de miedo. Se guardó el pañuelo, se descubrió la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano. El dueño, tras cerrar de nuevo la habitación, lo alcanzó y le preguntó, totalmente desconcertado:

—Pero, padre... ¿cómo explica usted lo que acaba de pasar?

Lanzas lo miró como si no entendiera la pregunta. Siguió caminando bajo el sol con la cabeza descubierta y, desde entonces, nunca más volvió a usar su sombrero. Si alguien le preguntaba por qué se comportaba de forma tan rara, él sólo soltaba una risita casi infantil y se tocaba el bolsillo para asegurarse de que el pañuelo siguiera ahí.

A partir de ese momento, se dedicó a las tareas más humildes de la iglesia, pasando todo su tiempo con los niños y los más pobres, con quienes parecía entenderse mejor que con nadie. Perdió por completo la soberbia y la impaciencia de su antigua vida intelectual. Aunque la gente en la calle lo empujara o se burlara de él, Lanchitas no se enojaba; seguía su camino con la mirada agachada, moviendo los labios como si rezara.

A veces, mientras fumo en el silencio de mi habitación, me pregunto si Lanchitas no terminó siendo mucho más sabio que el brillante académico que solía ser. Quizá nosotros, los que nos reímos de sus locuras, somos los que estamos realmente perdidos.

Como detalle final, cuentan que, años después, cuando por fin demolieron esa vieja vecindad del callejón del padre Lecuona, los albañiles encontraron algo escondido dentro del muro más grueso del cuarto. Era el esqueleto de un hombre que, evidentemente, había sido emparedado y asesinado ahí hace muchísimo tiempo.